

acariciar sus hermosos cabellos y besar su casta frente.

¡Dios mío! Quédeme inmóvil como una estatua : en vez de los sedosos cabellos encontré su cabeza con el pelo cortado. ¡Creí que soñaba! pasé mi mano por su hombro y tenté el áspero roce del paño burdo de un colete como los que usan los *pifferari* de los Abruzzos ; la llevé á su talle y percibí un cinturón de cuero con hebillas de latón.

LXIX

Lanzé un grito de sorpresa y de horror : su tía acudió y casi perdió el conocimiento ante el aspecto de Fior d'Aliza así desfigurada.

— ¡Desgraciada... qué has hecho! ¿Qué quieres hacer? exclamamos los dos á un tiempo. La pobre muchacha permaneció en silencio largo tiempo, ocultando su rostro con los blondos cabellos que acababa de cortarse.

— Habla, ¡qué has hecho! ¡Habla por Dios!

CAPITULO III

LXX

.....

 Pero lo que sigue, es necesario, señor, que lo cuente ella misma. Nadie mejor que ella puede referir lo que pasó en su alma al verse separada de su primo, y los sucesos que ocurrieron después en Luca en seis eternos meses, más largos que toda la vida de un hombre.

Vamos, Fior d'Aliza, añadió dirigiéndose á la joven *sposa*, cuenta al señor lo que pensabas al tomar tal resolución. ¡Quién diría que ese hermoso niño es fruto de una noche en capilla!

La joven madre miró á su hijo y sonrió ante la imagen de tal recuerdo, al mismo tiempo que asomaba á sus mejillas un tinte de pudor. Después nos refirió lo que verán mis lectores, sin

levantar los ojos una sola vez y como por obedecer al anciano.

La relación salía de su boca sin exclamaciones, sobriamente, con la mayor naturalidad. El crepúsculo comenzaba á asombrar el espacio y esta semioscuridad favorecía su timidez algo huraña.

El niño dormía sobre la blanca almohada, mientras que su madre nos contaba cómo había venido al mundo entre dos rocíos, uno de sangre y otro de lágrimas.

LXXI

— ¿Debo decir todo á este señor? preguntó Fior d'Aliza.

— Si, respondió su tía, cuenta todo lo que pasó : no es vergonzoso amarse con la virtud que vosotros lo habéis hecho.

.
.
.

LXXII

— Yo no sabía que estaba enamorada de Jerónimo, dijo Fior d'Aliza ruborizándose, ¿y cómo

podía saberlo? Nosotros no éramos dos, no éramos sino un solo ser en dos cuerpos, él y yo : éste era todo nuestro mundo. Para saber si se ama á una persona, es necesario comparar lo que se experimenta por ella con lo que hace sentir al alma cualquiera otra. Como jamás nos habíamos separado, ni soñado que pudiera suceder tal cosa, no podíamos saber qué cantidad de su corazón había en mi alma, ni cuánta del mío estaba en la de él. Ni tampoco cuánto faltaría inmediatamente de él en él y de mí en mí, si nos llegasen á separar. Ayúdeme, tía. No sé lo que estoy diciendo. Hago un embrollo con él y conmigo sin poder hacer comprensibles mis ideas. En fin, es como si mi corazón latiese en su pecho y el de él en el mío; pero no, no eran dos corazones, sino sólo uno en dos personas. De tal manera, añadió dirigiéndose á los ancianos, que ustedes creen que yo estoy sola con ustedes y se equivocan; él se halla completamente en mí, le veo, le siento, le oigo, le hablo. Lo mismo que sus guardianes, allá abajo, lo creen solo en el banco de su galera y no es verdad, pues yo estoy en él, tan presente como creen ustedes verme en la cabaña; así era, así es, y así será por toda la vida. Á lo que parece el amor es un misterio.

Todo esto es para decir á ustedes que yo ni

siquiera sospechaba que amaba á Jerónimo, ni éste que me amaba de otro modo que como una hermana, antes del momento en que los esbirros llevándole á morir, nos demostraron que no podíamos respirar el uno sin el otro.

LXXIII

— Así, bien lo saben ustedes, jamás tuvimos dos voluntades. Cuando me decía : Vamos á este ó el otro sitio, yo iba ; cuando yo le llamaba, venía por donde quiera que mi capricho me dirigía ; jamás sabíamos quien había pensado primero en alguna cosa, pero siempre pensábamos lo mismo. En todos los actos de nuestra vida éramos siempre uno.

.....
Así fué hasta que me acerqué á los catorce años.

Hasta entonces nuestras miradas se encontraban á cada instante sin turbarnos, como el rayo del sol no turba el agua de la gruta cuando la mira á través de los matorrales. Algunas veces nos mirábamos por broma hasta no poder más, pero este agua era también pura y los rayos de nuestras miradas no la enturbiaban.

LXXIV

No obstante, poco tiempo antes de los tristes sucesos referidos, comencé sin saber por qué á no ser tan buena, tan cariñosa ni estar tan contenta como de costumbre con el pobre muchacho. Evitaba su encuentro, temblaba cuando oía su voz ó sus pasos, me separaba lo menos posible de mi tía ; á pesar de que me gustaba mucho más andar á su lado, me alejaba á los parajes más solitarios con mis cabras y fijando mis ojos en los arroyuelos, miraba sin ver, de día el agua transparente, de noche el cielo. Me alegraba de que ignorase dónde estaba escondida y sentía que no viniese á sorprenderme : algunas veces lloraba sin explicarme la causa ó reía sin motivo ; una madeja de contradicciones, en fin. Cuando mi padre al notar mis rarezas se lamentaba, mi tía le decía : « No te inquietes, hermano, lo que tiene es natural. El pajarillo forma sus alas, el cordero sus dientes, el niño su corazón. » Y ambos se reían á hurtadillas.

LXXV

Pero Jerónimo, que no comprendía mi cambio, mi silencio, mi alejamiento de él, parecía también sufrir la misma enfermedad que yo. Contra mis deseos parecía más que evitaba encontrarse conmigo, que buscarme. No se atrevía á mirarme cara á cara ni con fijeza como antes; temblaba á mi contacto cuando por casualidad se encontraban nuestras manos echando las mazorcas de maíz en mi delantal. Hablábamos sólo lo indispensable, parecía que huíamos el uno del otro para buscarnos y que nos buscábamos para huir después.

Yo me decía; ¿acaso ya no le quiero? Pero, ¿qué me ha hecho para serme enojosa su presencia? Ó bien: ¿acaso no me quiere? Pero, ¿qué le he hecho yo para que me haya cogido aversión?

Por aquel tiempo, fué cuando me vestía á escondidas de mi tía, cuando por la primera vez fijé mis miradas en el pedazo de espejo engastado en la pared, y cuando al oír los elogios que hacían de mí los peregrinos, sentía el rubor asomarse á mis mejillas. No era por ellos, no, por

quien yo deseaba que mis cabellos brillaran como el oro al sol.

LXXVI

Sin embargo, Jerónimo no me quería mal; bien se conoció al lanzarse en mi socorro contra los esbirros. Francamente, gocé al ver que corría la sangre por mis brazos, porque aquellas municiones habían entrado también en su corazón.

Al día siguiente, al verle amarrado por los esbirros que lo arrastraban amenazándole con la muerte, comprendí pronto lo que sin tales sucesos hubieran pasado años en conocer. Sentí que mi corazón se iba con él.

No era una ilusión, sentía todo lo que refiero á usted. Salté medio desnuda del lecho, y me dije: Ó matarán á dos personas, ó yo le libraré de las manos de sus verdugos. Su ángel guardián había entrado en mí y tomado mi figura.

LXXVII

Mi tía y mi padre estaban por fuera de la puerta oyendo los pasos de los esbirros que se

llevaban á Jerónimo ; vestime en la oscuridad, pero, cuando me encontré medio vestida, con mis largos cabellos rizados, mal sujetos por mi alfiler de cabeza de clavo, con mi justillo, y mis pies en las chinelas que apenas me cubrían las uñas de los dedos, tuve miedo y pensé: « ¿Qué vas á hacer? Te recogerán en las calles de Luca confundiendo con las desgraciadas que hacen comercio de su cuerpo, y luego de nada podrás servirle. Sólo conseguirás deshonorar su nombre y el de tu madre. »

¡Dios mío! ¿Qué podía hacer? Dejé caer la cabeza sobre mi cama, que inundé con mis lágrimas.

De pronto se me ocurrió una idea.

LXXVIII

Sin detenerme á madurarla, quité de mi cuerpo el traje de mujer, corté mis cabellos que eché á puñados sobre la cama, abrí el cofre en el cual mi tía guardaba la ropa, polainas, zapatos, sombrero y cornamusa de su difunto marido y en un momento me transformé en uno de esos *pifferari* de los Abruzzos que recorren las ciudades

sin que nadie les pregunte á dónde van ni de dónde vienen.

Cuando jóvenes habíamos aprendido Jerónimo y yo á tocar la cornamusa, y yo me decidí á aprovecharme de esta circunstancia para ganar el pan que había de sustentarme hasta conseguir mi deseo, y quien sabe, pensé, si para algo más, pues los sonidos son más penetrantes que la vista; aquéllos atraviesan las paredes.

Disfrazada así, empujé suavemente la puerta, creyendo que mi padre y tía se hallarian lejos de ella ó dormidos y no se enterarian de mis designios

.

LXXIX

Pero ellos no dormían y estaban sentados en silencio al claro resplandor de las estrellas en el poyo que se halla al lado de la puerta.

El ruido del cerrojo hizo volver la cabeza á mi tía, la cual me reconoció y lanzó un grito de sorpresa y de desesperación que hizo dar á mi ciego padre sin saber por qué, el mismo grito de espanto.

¡Enteróle ella de que yo huía en traje de hombre!

Arrojáronse uno y otro con los brazos extendidos entre la puerta y el camino para retenerme y caí desmayada entre sus brazos.

Volviéronme á acostar en mi lecho en la cabaña, y cuando mi tía vió mis largos y hermosos cabellos cortados como el vellón de un cordero y arrojados á sus pies junto á la cama, dió tales gritos que despertaron las cornejas en las ramas del castaño.

Todo se lo dijo á mi padre.

— ¡Pero te has vuelto loca! exclamaron á la vez; ¿qué pretendías hacer destruyendo de ese modo tu cabellera y huyendo sin saber á dónde? Al abandonar á tu padre y á tu tía ¿sabes acaso á dónde han llevado los esbirros á tu primo? y ya que hemos perdido un hijo ¿quieres que vayamos á perder también el único que Dios nos ha dejado?

LXXX

— Dijeles entonces como se habla en el delirio de la fiebre, todo cuanto puede decirse cuando una ha perdido la razón y no escucha á los que

combaten su locura con razonamientos, caricias ó amenazas, que estaba decidida á realizar mi plan; que si Jerónimo debía morir, era preciso que yo muriese con él, porque sentía que nuestras vidas no eran más que una sola; que de todas maneras se verían privados de sus dos hijos; que si aun vivía, tendría necesidad de mí, y que si moría le sería agradable al menos encargarme para ellos de su último suspiro; que la Providencia era grande y que debía tenerse fe en ella..... En fin, que estaba resuelta á seguir mi resolución buena ó mala, asegurándoles que todas sus lágrimas, todos sus besos, todas sus palabras, nada conseguirían, y que si no me escapaba entonces, aprovecharía la primera ocasión, tal vez demasiado tarde para ser útil al pobre Jerónimo.

LXXXI

Al hablar así, luchaba por desasirme violentamente de los brazos de mi padre y de mi tía: sus sollozos y sus lágrimas debilitaban la resistencia que oponían á mis esfuerzos.

— Pues bien, pasarás por sobre mi cuerpo, exclamó mi padre, echándose ante la puerta.

Al ver á mi pobre padre ciego tendido en el

umbral de la puerta, que tenía que atravesar para correr al socorro de Jerónimo, me faltaron las fuerzas. Creí cometer un sacrilegio y caí á mi vez de rodillas enlazando mis brazos á su cuello. Por su parte mi tía se precipitó con los cabellos en desorden sobre nosotros, de modo que no formábamos los tres sino una sola masa viviente ó más bien moribunda, de la que partían sollozos y suspiros ahogados por reconvenciones y besos.

Hallábame vencida, señor, y pedía á Dios que me hiciese morir en aquel instante, á fin de evitarme la horrible elección de abandonar á mi padre y tía ó de abandonar á mi querido y desgraciado Jerónimo, cuando una voz que parecía venir del cielo, interrumpiendo de pronto el silencio de nuestros abrazos, dijo con tono de autoridad á mi padre y á mi tía.

« No resistáis á Dios, que habla por el corazón de los inocentes; dejad á Fior d'Aliza seguir las huellas de su hermano: la protección de Dios la acompañará tal vez entre la muchedumbre, como acompañó á Sara en el desierto. Parte, hija mía, que yo cuidaré de los que quedan. »

LXXXII

Á estas palabras que nos hicieron estremecer, nos levantamos todos tres del suelo y vimos en pie delante de nosotros á nuestro único amigo en la tierra, el padre Hilario.

Puso éste en el suelo sus alforjas, más llenas de provisiones que de ordinario, sacó de ellas pan, *caccia cavallo*, un frasco de vino de Luca, y dijo á mis ancianos padres.

— No os cuidéis de como habréis de vivir durante la ausencia de estos muchachos, que yo os traeré todas las semanas lo necesario: la limosna es la cosecha de los abandonados y no hago sino devolveros lo que tantas veces me habéis dado en vuestros días de abundancia: si mendigase para mí sería un ladrón del trabajo de los hombres, pero mendigando para vosotros sólo seré una de las manos de Dios que recibe la limosna del corazón para llevarla á la boca.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

LXXXIII
Méx. 1925 MONTERREY, MEXICO

Refiriéronos entonces en pocas palabras que el ruido de los tiros del día anterior en los castaños,

y las noticias del degüello de nuestro ganado, de mis heridas en los dos brazos, de la muerte del cabo de los esbirros y de la prisión de Jerónimo, había llegado hasta el Convente de boca en boca de los cabreros de San Stéphano; que al saber esta noticia había creído que tendríamos necesidad de consuelo, y había pedido permiso al Superior para acudir en nuestro auxilio y tomar en sus alforjas lo preciso á fin de socorrer á una pobre familia privada del único apoyo que atendía á sus necesidades.

Añadió que se había levantado mucho antes de amanecer, á fin de llegar á la cabaña al mismo tiempo que se despertase la luz en nuestros ojos y la desesperación en nuestros corazones.

Dijo, en fin, que oculto en silencio detrás de la puerta con la mano en el cerrojo, había oído mi resolución de seguir las huellas de Jerónimo como la sombra al cuerpo, y la resistencia de mi padre y de mi tía.

— Ese pensamiento, que es un pensamiento del corazón, dijo, hay que dejársele realizar, porque cuando la razón no sabe ya qué aconsejar á los hombres en situaciones desesperadas, deben éstos oír la voz de su corazón, que á veces está más en lo cierto que todo razonamiento; déjenlo pues

hablar en el grito de esa niña y que vaya en gracia de Dios á donde su corazón la empuja.

LXXXIV

Mi padre y mi tía, cansados ya por la violencia de mi resolución y por la obstinación de mi idea, no se atrevieron á resistir á la voz del hermano limosnero, que estaban habituados á considerar como una voz del cielo.

Aprovechéme de su vacilación para separarme nuevamente de sus brazos que me sujetaban con menos fuerza, y para lanzarme, sin reflexionar más, y sorda á sus gritos, por la senda que baja á la llanura.

LXXXV

Al principio descendí como un remolino de hojas que el viento del invierno lanza de precipicio en precipicio, sin que otra idea que la de acercarme á Jerónimo ocupase mi pensamiento.

Luego, cuando dejé de oír los gritos de mi tía que me llamaba á la cabaña y llegué á la orilla de la llanura, en la cual los caminantes y los carros

de maiz comenzaban á levantar ruido y polvo por los caminos, me dejé caer más bien que sentarme á la orilla del sendero, en el sitio en que se une á los caminos reales, debajo del puente que sirve para pasar el barranco en el invierno.

Allí, sin que nadie pudiera verme, enjuagué mi frente y mis ojos bañados de sudor, descansé un poco y me puse á reflexionar, ¡ay! demasiado tarde, en lo que iba á hacer completamente sola y perdida en las calles de la gran ciudad, cuyas campanas y formidables murmullos oía ya elevarse en los aires con el sol de la mañana.

¡Oh! ¡cuán grande era mi miedo, Dios mío! La soledad, los murmullos ó el silencio de los sitios solitarios y hasta el rugido de las fieras en los bosques, nunca me han causado miedo; pero la muchedumbre de una ciudad donde todos miran á una; en donde nadie nos conoce, donde hasta Dios parece perdernos de vista en la confusión de la multitud; los rumores confusos y tumultuosos que salen, como choques de las hojas ó de las olas, de los hombres reunidos, yendo de aquí para allá sin hablarse, á donde su desconocido pensamiento los lleva, ¡oh! todo eso me ha hecho temblar y, sin saber por qué, creer que el hombre es más pérfido que la noche, más terrible que el mar de Liorna sobre la roca de Me-

loria, más amedrentador que los sombríos murmullos de los pinos en las tenebrosas montañas de Luca.

Pensé que no había de atreverme á salir de debajo del arco del puente, sobre el cual oía ya las pisadas de los aldeanos que llevaban uvas ó higos al mercado; y, sobre todo, que jamás tendría valor para pasar por delante de los guardas de las puertas y entrar en la ciudad.

Y cuando estés en ella, decía entre mí, ¿qué harás? ¿á dónde iras? ¿qué dirás? ¿Á quién te atreverás á preguntar á dónde han conducido á tu primo y en qué calabozo le encierran?

Y aunque te lo digan, ¿á quién te dirigirás para que te abra las puertas de hierro de su encierro? Y dado mismo que llegues á descubrirle y que te eches al pie de la torre para un día verlo salir para el suplicio y pedir que te maten á la vez que á él, ¿quién te dará de comer entretanto, ni dónde hallarás, sin tener siquiera un bayoco, un asilo para reposar tu cabeza?

XXXVI

Todo esto vino por primera vez á mi mente y sentí escalofríos, no obstante que era un hermoso